

ABSOLUCION.—La absolucion es nula, cuando los que la reciben no tienen propósito de enmendarse.

Se conoce que la absolucion es nula por la mala disposicion de los que la reciben.

Véanse: CONFESION SACRAMENTAL y DIRECTOR ESPIRITUAL.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.

Qui abstinens est, adjiciet vitam.

El hombre sobrio alargará la vida.

(*Eccles. xxxvii, 34.*)

Antes de la caída original reinaba el mas completo orden en la naturaleza humana, pues el espíritu estaba sometido á Dios, y la carne al espíritu. Cada cosa ocupaba su lugar: ninguna facultad ó potencia perdía de vista su objeto. Esta armonía, que el hombre admiraba aun en sí propio, era ya, si así puedo expresarme, un goce precursor de los que han de formar nuestra eterna dicha. Hé ahí por qué, al desaparecer esta armonía, el hombre se encontró tan diferente de lo que había sido hasta entónces, que no solo se escondió de la presencia de Dios, sino aun quiso ocultarse á sí propio, cubriendo su concupiscencia desordenada, y deteniéndose al responder al Señor que le llamaba; no hubo de parecerle sino que ya no era el mismo Adán que tan perfecto salió de las manos del Criador. Y en efecto, no lo era; el desorden se había introducido en la naturaleza humana, la razon se insubordinaba contra Dios, y la carne contra el espíritu.

En este último sentido, fué mucho mas profunda la herida que causó la culpa original. La concupiscencia de la carne y de los sentidos se desenfrenó de tal suerte, que intentó siempre, é intenta en to-

das ocasiones, sobreponerse á las mas santas leyes y á las mas racionales exigencias del espíritu. La carne triunfó de la razon; el apetito se sobrepuso á todas las represiones de los deberes, el cuerpo se consideró como rey en este palacio de la creación, donde con tanto esmero le sirven las pasiones.

El que aspira á conseguir la felicidad eterna, es preciso que castigue su cuerpo, que lo esclavice por medio de la abstinencia. Así como para tomar parte en alguna lucha ó en carreras de competencia, procuran los hombres con grande esmero abstenerse de todo lo que pueda debilitar sus fuerzas ó disminuir su velocidad, con la mezquina mira de ganar una corruptible corona, del mismo modo, y con mayor razon, debemos nosotros abstenernos de todo cuanto pueda ser un obstáculo en la carrera que seguimos desde nuestro nacimiento, ó desde nuestra regeneracion por medio del bautismo; debemos abstenernos, digo, para que corriendo sin tropiezo podamos ganar una corona inmortal. Los placeres y la sensualidad ponen en inminente riesgo nuestra salvacion; la abstinencia, al contrario, nos ayuda á conseguirla. Esto es lo que vamos á demostrar; imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nuestra vida es una carrera en que no todos alcanzan el premio ofrecido, sino solamente los que mas corren, retrayéndose de todo cuanto pueda detenerlos. Uno de los enemigos mas implacables que de continuo procura suscitarnos obstáculos, es nuestro cuerpo, nuestra carne, nuestras pasiones y nuestros apetitos. Con el cuerpo está identificada la tendencia á la rebeldía y al pecado; si no la mortificamos y sujetamos, imponiéndola frenos, no dará de sí mas que rebeldía y pecados, y en último resultado la condenacion eterna. Por eso han apelado siempre á la abstinencia todos los que se han propuesto vencer al demonio y preservarse de un castigo eterno.

Después de haber criado Dios á nuestros primeros padres, les señaló para su alimento las plantas y los frutos de la tierra, sin hablarles de la carne de los animales. Pasado el diluvio, permitió Dios á Noé y á sus hijos que comiesen carne de animales, pero les prohibió al propio tiempo beber su sangre. Moisés, en sus leyes, prohibió á los judíos comer carne de los animales que llama *impuros*. El uso del vino estaba prohibido á los sacerdotes durante el tiempo que estaban ocupados en el servicio del santuario y del templo, como tambien á los nazarenos. En la Escritura se elogia la conducta de los rechabitas por haber respetado la prohibicion de beber vino, impuesta por sus padres; JEREM. xxxv, 16. Los apóstoles prohibieron á los primeros

fieles el uso de la sangre y la de las carnes sofocadas. Por el testimonio de Orígenes sabemos, que muchos cristianos, en los primeros tiempos de la Iglesia, se abstenían de carne y vino para someter su cuerpo á la privación y reprimir las pasiones. San Jerónimo, hablando de los fieles, dice: Nosotros no nos alimentamos de carne; lo que no debe entenderse con referencia á todos, y en todo tiempo, sino con respecto á muchos y en determinados dias. También recuerda á ciertas personas aquellas palabras del Apóstol: «Bueno es no beber vino.» La Iglesia, en fin, nos impone la abstinencia y el ayuno en ciertos dias; y el que no quiera renunciar el nombre de cristiano, es preciso que obedezca. No hemos heredado de Cristo un trono, sino una cruz; no una vida de placeres, sino una vida de dolores. Al mundo le parecerá duro este lenguaje; pero quiera ó no quiera, esta es la ley del Salvador, cuyo ejemplo no debemos nunca olvidar, so pena de exponernos á que se nos cuente entre los réprobos.

2. Jesucristo como hombre se sometió á todo género de mortificaciones. Pues bien; si su cuerpo, ajeno al pecado, se sometió voluntariamente á las privaciones para borrar la culpa original y proporcionarnos auxilios eficaces con los cuales no incurriéramos en nuevos pecados, ¿cómo podemos nosotros retraernos de la mortificación, nosotros, hijos del pecado, engendrados en pecado, é inclinados siempre á cometerle? Si Jesucristo, impecable por naturaleza, lleva siempre su cruz para arrebatarse al pecado y á la muerte sus victorias, ¿cómo nosotros, cuya naturaleza es tan propensa al pecado, hemos de resistirnos á castigar nuestros cuerpos con abstinencias y austeridades?

El apóstol S. Pablo, receloso de sí propio, y temiendo por sí, decía á los de Corinto: Yo no corro al acaso, sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco á esclavitud por temor de que, predicando á otros, sea yo reprobado. II CORINT. IX, 27. Si S. Pablo, que á tantos enseñó la verdad, temió por su salvación, ¿qué diremos nosotros? Su temor debe aterrarnos. Cuando el carnero tiembla, decía S. Agustín, ¿qué hará el tímido corderillo? Y S. Gregorio, papa, añade, que cuando S. Pablo manifestaba estos temores, había sido arrebatado ya al tercer cielo y visto arcanos que no puede el hombre revelar.

3. La vida cristiana es una verdadera milicia en la tierra, y cada cristiano es un soldado, que, luchando, ha de conquistar la corona. En este campo de batalla no se permite tregua, porque el descanso sería la seguridad de la derrota. Nuestro cuerpo es el mayor aliado y amigo del demonio: con él nos impele sin cesar á la perpetración de la culpa; nos es, por lo tanto, absolutamente necesario

castigarle siempre y mortificarle con abstinencias y austeridades.

4. Por eso los santos Padres nos recomiendan en los términos mas expresivos la abstinencia para evitar la condenación eterna. San Ambrosio nos dice, que si Jesucristo se mortificó, fué para enseñarnos que solamente por medio de la abstinencia y de la mortificación podemos vencer las sugerencias del espíritu maligno: *Ut sciremus quia aliter illecebras mali non possemus vincere.* EPIST. ad Eulo Verul. S. Gregorio observa, que si bien el rey de Babilonia amontonó estopa y pez en el horno para alimentar el fuego, todo fué ineficaz para consumir á los abstinentes mancebos: *Sed tamen abstinentes pueros minime consumit.* LIB. 30 Morali. Trabajo mucho, decía San Juan Crisóstomo, para vivir con sobriedad, reprimo las inclinaciones, y sujeto la naturaleza á muchas fatigas: *Multum sustineo laborem, ut sobrie vivam; non trado meipsum affectibus, sed affectus comprimo, et ipsam naturam multis sudoribus subjicio.* Super locum citatum sancti Pauli. El cristiano, dice S. Basilio, debe distinguirse de los demas por la palidez del rostro y su cuerpo macilento; esta debilidad le dará fuerzas: *Cristianum à cæteris secernit macilentia corporis, pallorque deflorescens.* REG. XVII. Los que practican la virtud de la abstinencia lo hacen, dice S. Jerónimo, para humillar la soberbia del ánimo y cumplir la voluntad de Dios: *Eo affligunt carnem suam quo animæ frangant superbiam, atque descendant ad implendam Domini voluntatem.* Epist. 14 ad Celant.

5. Sin embargo, obsérvase, que reina entre los cristianos el mas desenfadado apetito de goces; y en vez de ponerse en práctica la abstinencia, solo se buscan medios de satisfacer las exigencias de las pasiones, solo se apetecen placeres, solo se procura complacer á la carne y prestarse á sus inclinaciones. Tal es ahora la conducta de los hombres; pero no es la conducta que debe seguir un cristiano. San Pablo castigaba su cuerpo, porque se temía de las inclinaciones de la carne; lo propio les ha sucedido á muchos grandes santos; y nosotros ¿podremos permanecer tranquilos, teniendo á la vista el ejemplo de los grandes hombres de la Iglesia y modelos de santidad? Dejemos, pues, que los modernos discípulos de Epicuro solo piensen en satisfacer sus pasiones, sin reconocer mas Dios que su cuerpo. Ya que nosotros nos gloriamos de ser discípulos de Jesucristo, imitemos á los santos, que siguiendo las huellas del Salvador, ganaron el cielo. La abstinencia nos proporcionará la verdadera dignidad y nobleza que corresponden al hombre. Por no haber querido abstenerse del fruto prohibido, nuestros primeros padres perdieron

su inocencia original; la abstinencia nos devolverá á nosotros los derechos perdidos y nuestra primitiva grandeza.

En el tratado del Ayuno hay abundantes materiales con que ampliar este discurso, el cual hemos reducido en atencion á que al tratarse de la Abstinencia suele tratarse tambien del Ayuno.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Para que todo en el hombre estuviese ordenado, y sus sentidos permaneciesen sujetos á la razon, y la razon á la ley divina, le impuso Dios el precepto de la abstinencia. La violacion de este precepto introdujo el desórden en su cuerpo y en su alma; Dios se lo intimó de nuevo para reparar ese desórden, refrenando las pasiones y sujetándolas á la razon. La abstinencia debe ser: 1.º interior, esto es, abstinencia de todo pecado; y 2.º exterior.

I. No principió el pecado de nuestros primeros padres al comer la fruta vedada, sino al concebir el deseo y formar la resolucion de comerla. No fueron ménos contrarias á la abstinencia sus disposiciones interiores, que su obra exterior. De lo que se deduce, que cuando el corazon es malo, de nada sirve la abstinencia. ¿Cuál es el objeto de esta virtud? Refrenar las pasiones y los sentidos. ¿De qué sirve, pues, cuando no logra su objeto? Luego la principal abstinencia ha de consistir en dominar los arrebatos del amor propio, del orgullo, de la ira, etc. El que fabrica una casa, empieza por el fundamento; y el fundamento de la mortificacion exterior es la interior.

II. Nuestras tendencias á las cosas de la tierra, á los objetos caducos, á la carne, al goce, al deleite, á la vanagloria, etc., nos indican claramente la necesidad de negar al cuerpo ciertos gustos, por los cuales suspira; por esto decia el Apóstol: *¿quis liberabit me de corpore mortis hujus?* Rom. vii, 24? Y con la abstinencia y la penitencia lo sujetaba. Este ejemplo han de imitar los verdaderos cristianos. De lo contrario, los sentidos y los deseos del cuerpo los arrastrarán al pecado.

Pero esta abstinencia exterior ha de ser el indicio de la interior, si no queremos imitar al demonio, que, como dice san Isidoro, peca y no come. ¿De qué les sirvió á los Escribas y Fariseos ayunar dos dias en cada semana? «Tus abstinencias y ayunos serán tanto mas agradables á Dios, en cuanto vayan acompañados de santas costum-

bres: sea en tí un adorno de las virtudes, lo que en otros es preservativo de los vicios.» S. JERON. A DEMETR.

II.

Los preceptos divinos nos prohíben ciertas cosas porque en sí son malas: los preceptos eclesiásticos nos prohíben otras, que no serian malas á no ser prohibidas. Sin embargo, siendo uno mismo el principio de autoridad que nos intima unos y otros preceptos, el verdadero cristiano aprecia y observa con la misma exactitud los preceptos de la Iglesia, que los del Decálogo. Lo que la Iglesia prohíbe, por prohibido debemos tenerlo, y abstenernos de ello: 1.º Por que no hay abstinencia mas saludable: 2.º Por que no hay abstinencia mas edificante.

I. Nada tan saludable como lo que está conforme con los preceptos de Dios: es saludable al alma, porque la conserva en gracia; es saludable al cuerpo, porque lo que de nosotros exige Dios, cuyo yugo es suave, lejos de debilitar nuestras fuerzas, las sostiene. La abstinencia prescrita por la Iglesia es tan conforme con los preceptos de Dios, que el que la practica, sabe que obra segun la voluntad divina. ¡Gran ventaja! En las abstinencias voluntarias puede faltarnos la intencion recta, la prudencia, la oportunidad y otros requisitos, que hacen de la obra buena una obra defectuosa. ISAI. LVIII, 5 ET SEQ. Pero no es fácil que suceda esto en la abstinencia prescrita por la Iglesia. Y despues de practicada, no nos queda mas que decir: «somos siervos inútiles: hicimos lo que debiamos hacer.» No hay, pues, cosa mas saludable que la abstinencia prescrita por la Iglesia.

II. Muy edificante es la conducta de un hijo perfectamente sumiso á las órdenes de sus padres. Esto es lo que hace el cristiano obedeciendo á su piadosa madre, la Santa Iglesia, cuando nos prescribe la abstinencia; edifica, pues, en gran manera á sus hermanos los fieles.

Esta edificacion sube de punto, si se considera que el fiel, con su obediencia á esos preceptos, da claro testimonio de que para él la Iglesia manda en nombre de Dios, autorizada por Dios, regida y gobernada por Dios, y que, por lo tanto, obedeciéndola, obedece al mismo Dios. ¿Qué saludables efectos produjo el ejemplo del anciano Eleázaro, mártir del precepto de la abstinencia? II MACH. VI, 18 ET SEQ.

El que observa las prescripciones de la Iglesia sobre la abstinencia, impone respeto á los enemigos de la misma, confunde á los falsos, que descuidan la observancia de sus preceptos, y alienta á los verdaderos. ¡Cuánta edificacion!

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.—Como el precepto de la abstinencia tiene por objeto reprimir las pasiones, debemos estar convencidos de que la principal abstinencia consiste en no pecar.

El cambio que ha efectuado la abstinencia en los que la han puesto en debida práctica, debe confundirnos, cuando las nuestras no sirven para mejorar nuestra conducta.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.—Las cosas de las cuales quiere la Iglesia que nos abstengamos, deben considerarse como fruto vedado.

Nada hay mas saludable que la abstinencia practicada por precepto y segun el espiritu de la Iglesia.

Los que sin fundado motivo se dispensan de las abstinencias que les están prescritas, revelan poca observancia de la religion.

ABSTINENCIA DE CONSEJO.

EXHORTACION Á LAS RELIGIOSAS.

Nos autem, qui sumus diei, sobrii simus.

Nosotros empero, que somos hijos del día
ó de la luz, vivamos en sobriedad.

(1 Thessal. v, 8.)

No voy á hablaros de la abstinencia de precepto; al dirigirme á vosotras, almas religiosas, que abandonasteis el mundo con todos sus placeres y atractivos, creeria inferir un agravio á vuestra piedad, inculcándoos la virtud á cuya observancia están obligados los cristianos

seglares en ciertos tiempos y dias del año. Unicamente quiero hablar de las abstinencias prescritas por las reglas, y que si bien no obligan bajo pena de culpa grave, son, no obstante, unos consejos evangélicos precisamente para aquellas personas que, no contentas con la simple observancia de los mandamientos, se han consagrado á Dios con el fin de llegar á mas alta perfeccion; hablo de las abstinencias, que muchas veces, cual sucede con otras prácticas religiosas, bajo el pretexto de que su incumplimiento no importa pecado grave, se olvidan, y tal vez se miran con cierto desden; abstinencias, que forman la valla tras la cual la virtud del claustro se defiende de los ataques del mundo, del demonio y de la carne. En efecto, para concretarse al cumplimiento de los deberes de los seglares, no hay necesidad de encerrarse ni de ocultarse á los ojos de un mundo corrompido, con el laudable objeto de emplearse mas en el servicio de Dios, y tener con él una conversacion mas íntima. En este caso, el hábito religioso y penitente solo seria un velo destinado á encubrir la hipocresía, y á dar apariencias de mortificacion á las pasiones mundanas.

Venerables esposas de Jesucristo; precisamente en estas prescripciones de vuestro instituto consiste el testimonio de vuestra fidelidad; la observancia de esas pequeñeces, ó que á lo ménos lo parecen, atrae innumerables gracias, y no pocas veces la gracia de las gracias, que es la perseverancia final. En vuestro instituto, una de estas prescripciones es la abstinencia, aquella parte de la templanza que se refiere á la comida y bebida, y que vuestro santo fundador os dejó como un consejo evangélico, como un medio muy eficaz para vuestra perfeccion, como un arma terrible contra vuestras mismas pasiones. Por esto debeis mirar las abstinencias de la religion: 1.º Como un medio de conservar vuestra inocencia. 2.º Como el apoyo de vuestra virginidad. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Uno de los medios mas eficaces para adelantar en la perfeccion religiosa es, sin duda, el retiro y la oracion: para conseguir empero este retiro, para ser alma de oracion, es indispensable mortificar los sentidos. Una religiosa, que se retrae de las mortificaciones, podrá hacer oracion, alabar á Dios y hablar de cosas espirituales; pero Dios podrá decir de ella lo que por boca de Isaías dijo de su pueblo ingrato y sensual: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est á me*, MATTH. xv, 8; todas las alabanzas que sus labios pronuncien serán vanos sonidos, pero no saldrán de un corazon que prefiere las exterioridades á las gracias interiores del Señor.